LO QUE HISPANOAMERICA REPRESENTA EN EL MUNDO CONTEMPORANEO

POR

EDUARDO CABALLERO CALDERÓN

UNA tesis es siempre arbitraria, violenta y falta de matices, pues, de lo contrario, no sería sino una simple hipótesis. Las ideas que voy a enunciar aquí parecerán a ustedes ásperas, exageradas o ilusorias, porque me permito advertirles que no trato de presentar una hipótesis, sino de sustentar una tesis.

Cuando hace poco menos de año y medio hice el viaje de Bogotá a Madrid, subió al avión en Nueva York, entre los pasajeros, una señora acompañada de una niña de ojos claros y alegres, y puesto que ellas y yo éramos las únicas personas que allí hablásemos español, a los pocos momentos de despegar del aeródromo, nos hicimos amigos. Teníamos una noche y medio día por delante de volar sobre el Océano Atlántico, y la circunstancia de hallarnos presos en el aire, expuestos en cualquier momento a la muerte, nos arrastró naturalmente hacia las confidencias. Su historia era muy sencilla. Hacía quince años aquella señora dejó a España en compañía de su marido, y los dos se dirigieron a uno de esos países nuestros

que, entre la bruma de su leyenda y de su lejanía, representan para los europeos la quimera del oro. Me contó que sus padres eran pobres mineros en Asturias. No conocían los recién casados a nadie de influencia en las capitales de España que pudiera arrimarles el hombro, y ante ellos, cuando salieron de la iglesia del pueblo, sólo se ofrecía la perspectiva de una vida sin esperanzas: la casa pobre, el trabajo duro, los hijos que vendrían y serían criados con esfuerzo, el cansancio de una vejez sin holganza y, finalmente, la muerte. Por eso resolvieron marcharse. Y aconteció que al poco tiempo de llegar a América hicieron una pequeña fortuna, que ahora, de regreso a España, tenían el proyecto de invertir en Asturias. La hija, de catorce o quince años, venía llena de entusiasmo a la patria desconocida. Soñaba, como todos los niños americanos, en los países de Europa. Tenía ansia por enfrentarse a la historia que había aprendido en los libros de clase, y pensaba que los «castillos en España» dejan de ser una mera referencia literaria cuando se llega de Ultramar con dinero y se tienen quince años.

A las pocas semanas de llegar a Madrid, donde las había perdido de vista, se me presentaron un día la madre y la hija para decirme que regresaban a América. La niña tenía los ojos tristes. La madre me explicó en palabras sencillas su pequeña tragedia. Me dijo:

«Aquí, en España, nosotros no somos nadie. Al volver al pueblo salieron a recibirnos mis padres, que son gente humilde y sin cultura, para quienes la vida tiene límites estrechos. En la atmósfera aldeana mi hija comenzó a marchitarse. Del otro lado del mar, éramos una familia rica y distinguida. Mi hija alternaba en el mejor colegio del país con amigas que aquí no la hubieran mirado siquiera, por considerarla de distinta extracción social. Andando los años podría casarse allá con un joven de posición, que ya andaba rondando tras ella. Acabaría por convertirse en una gran dama, y en todo caso sus hijos no habrían de padecer, como los de los europeos, la zozobra de ganarse la vida trabajando sin fruto en un *medio*

sobrecargado y hostil, o de perderla en una de esas guerras que periódicamente diezman a la población decepcionada. Ya lo ve usted, terminó por decirme: otra vez se está hablando de la guerra.»

Y abandonaron a Europa.

Lo que América representaba a los ojos de aquella niña y de aquella madre, que al volver a su tierra y a su casa se encontraban extrañas, extranjeras, remisas al ambiente estrecho y sin ilusiones, es lo que nuestro Continente viene significando desde hace cuatro siglos para los desventurados del mundo entero. América es la rosa de la fortuna. Para quienes apenas columbren detrás de su nombre el vago contorno de un Continente que espejea en mitad de los mares, América sigue siendo la esperanza.

En los primeros tiempos de la Conquista, las carabelas y los galeones reales volcaron en sus playas a los maleantes y aventureros de España: a los hidalgos de solar pobre, los segundones calaveras, los héroes sin plaza, los curas sin canonjías, los hambrientos de pan, de gloria o de aventuras. Muchos volvieron a Sevilla o a Cádiz derrotados por las enfermedades o la mala suerte; pero fueron más los que allá se quedaron para fundar hacienda, y nosotros somos sus nietos, que damos gracias a Dios de que no hubieran vuelto. La seducción del paisaje y las posibilidades que en esas latitudes adquiere la vida humana, allí los anclaron y detuvieron. Los expatriados no tardaron en compenetrarse en la nueva tierra. Esta les fué desnudando y conformando el espíritu. Prejuicios, costumbres, modas, ideas, sentimientos y recuerdos de Europa, se les desprendieron del alma como ramas resecas. En cambio de esto, una inquietud desconocida, como un renuevo, les brotó en el corazón. Voraz y desmesurada, al igual que las plantas trepadoras que proliferan con insaciable vitalidad en nuestras selvas, abrazándolo todo, la ambición de dominio convirtió en fundadores y conquistadores de pueblos a pobres diablos que habían nacido para porqueros en la Mancha. Aquellos que, cuando se hallaban en España, mendiga-

ban una plaza en los Tercios que andaban por Italia, o una escribanía en la Corte, al llegar a América se erguían sobre los Andes para fundar un Imperio.

¿Qué pasaba con esos hombres? Que en la lejanía y la soledad, frente al Nuevo Mundo recién nacido, el soldado y el súbdito volvían a ser dueños de su alma, libres de leyes y alguaciles, de costumbres y prejuicios, de autoridades y jerarquías. Cuando el viejo armazón legal pugnaba por implantarse, pues así lo requería el buen gobierno de las nacientes colonias, y cuando el soldado convertido en descubridor volvía a sentir la espuela en el ijar y la vara del alcalde en las espaldas, y la cárcel de la villa amagando en el horizonte, entonces se echaba al mar de polizón para descubrir el Océano Pacífico, como Núñez de Balboa; o dejaba plantadas a las autoridades y a los acreedores para saltar al Perú, desde el infierno de Panamá, como los dos Pizarros; o huía de la tiranía de ese par de gigantes extremeños para tirarse de los Andes al mar del Sur, como Almagro el Viejo y descubrir a Chile.

El primer siglo de colonia española en América es un caos vital; es el despertar tremendo del hombre español a quien comienzan a estorbarle la condición de súbdito y la urbanidad del ciudadano. Conquistas fabulosas como la del Perú, la de Méjico, la del Amazonas, la del Valle de los Alcázares en la Nueva Granada, la del Arauco, la del Paraguay, arrastran un sangrienta estela de crímenes, violaciones, hurtos, latrocinios y transgresiones a la justicia. No se puede conquistar el mundo y conquistarse a sí mismo sin romper un plato. América se les subía a la cabeza a los españoles, que, pulidos y repulidos por veinticinco siglos de cultura occidental, se habían olvidado de la alegría de ser pura y simplemente seres humanos. América les calentaba los cascos. No les pesaba sobre el espíritu el recuerdo de Roma; el de los puentes que las legiones tendieron en Salamanca, sobre el Tormes; o en Córdoba, sobre el Guadalquivir. Ya no constreñía su imaginación la visión implícita del Paternón, que amenaza ruinas, pero que aún en el arte, en la ciencia y en la filosofía, es el cimiento

espiritual de Europa. La Universidad salmantina, el Concilio de Trento, la Roma de los Papas, El Escorial, todo eso quedaba atrás. En América no tenían por delante sino las selvas impenetrables, los ríos desbordados que buscan su nombre, los mares desconocidos que baten islas innominadas o continentes sin rotular, abiertos a quien decida bautizarlos. La cultura quedaba a la zaga, humeando entre los escombros de las naves que quemó Hernán Cortés en las playas de Méjico. El señuelo del Dorado, es decir, la vida triunfadora, la ambición realizada, el sueño convertido en Imperio, estaban por delante. Pizarro el Viejo lo dijo cuando con la punta de la espada trazó una línea divisoria en la playa de la isla del Gallo : «Atrás quedan, dijo, la miseria y la cárcel; del otro lado está el fabuloso Perú. Los que quieran volverse a su tierra, pueden hacerlo, y los otros conmigo.» Y le siguieron todos. En Europa el individuo no existe ya, y la experiencia romántica de Robinsón Crusoe sólo puede hacerse en la isla de Juan Fernández, en las costas de Suramérica. El hombre es, desde que nace, un cautivo social, un ciudadano o un súbdito, un Segismundo preso en las redes de la sociedad en que vive. Y se trata de una sociedad harta e insatisfecha de sí misma, que tiene los muñones sangrantes y en la cual algo se pudre lentamente. Una sociedad en la que, pese a los cataclismos sucesivos, perdura la osamenta de organizaciones antiguas; donde ya nadie cree en los príncipes (es decir, en los que alguna vez fueron los primeros), lo que no impide que éstos, destronados, sigan considerando que el mundo es una opaca muchedumbre de siervos. Una sociedad triste, que perdió rápidamente el gusto por la vida en menos de treinta años, pues la lucha por preservarla del fracaso es tremenda. Una sociedad que ya no tiene fe en la Paz, ni en la Justicia, ni en el Derecho, ni en la caridad de Dios, y que no tiene tiempo de levantar la cabeza para que los ojos, hastiados de contemplar la sangre, el lodo, la miseria y la podredumbre que dejan las batallas, se complazcan en mirar las estrellas. Del mismo modo que las boas constrictores acechan en los pantanos de América a la presa

desprevenida para triturarla en un abrazo mortal, la sociedad europea desmenuza en sus anillos al hombre. Ya no cabe esperanza para el individuo que, en todas partes, se encuentra comprimido por la competencia voraz y se asfixia entre la marea montante de la muchedumbre.

De la primera guerra mundial el europeo salió herido de muerte, pero con ilusiones. De esta guerra que acabamos de ver no queda sino el estertor agónico de pueblos a quienes se les rompió el espinazo. Los conceptos de patria, fraternidad cristiana, comprensión entre los hombres, justicia en un mundo mejor, están desjarretados. Yo de mí sé decir que he sentido angustia en Europa, cuando al recorrer sus caminos y visitar sus ciudades cruelmente castigadas por guerras que en lugar de resolver los problemas no hacen sino agravarlos y plantearlos de nuevo, encuentro que ya todo está hecho o todo se encuentra en ruinas: todo está maduro para el tránsito o todo se está muriendo. Nadie tiene tiempo para pensar en otra cosa que en la manera de aliviar su hambre. La maravillosa tradición cultural y la inteligencia creadora que levantaron en piedra el símbolo de las catedrales y de los palacios, se aplican hoy a percibir esa minucia necesaria, tan difícil de hallar en el mercado ordinario, que se llama un pedazo de pan.

En Hispanoamérica el hombre vuelve a encontrarse a sí mismo; vuelve a ser, como en tiempo de Sócrates, la medida de todas las cosas, y su éxito no conoce otro freno que la propia incapacidad. Por mucho que apretasen en los tiempos de la conquista, o en la colonia, las disposiciones emanadas de España, siempre había manera de burlarlas y de evadirlas. Todo, comenzando por los vinos y acabando por las ideas, se pica y se descompone al pasar el Atlántico. Unos y otras llegan envejecidos. Y el hombre vuelve a ser lo que fué en el comienzo del mundo, cuando entre él y la Naturaleza sólo se oponían la suerte y las circunstancias.

Europa vuelve a someterse, forzada por un aluvión de desgracias, a la implacable tiranía de las cosas elementales y de

la economía doméstica, cuando las dos Américas, dueñas de sus recursos o en plena capacidad de explotarlos, podrán darse ahora, sí, el lujo de digerir una herencia histórica para, sobre ella, levantar una nueva cultura. Pero estas cosas vale la pena de que las analicemos más despacio. Si Hispanoamérica representa, junto con los Estados Unidos, la última promesa, es porque en aquellas tierras que los cronistas de convento llamaron venturosas, el porvenir se ofrece no para las naciones o los Estados, sino para los hombres, pues América sigue siendo para éstos el porvenir personal.

Europeos y americanos

En alguna ocasión, en un libro mío llamado *Suramérica, tierra del hombre*, analicé más despacio que ahora la diferencia profunda que existe entre los europeos y los americanos. Dije entonces que los primeros pueden clasificarse como el *hombre histórico*, que tiene una cultura detrás de sí y para quien no existe, propiamente hablando, la sugestión del paisaje. En Europa todo está urbanizado y nada queda por descubrir. Hoy se busca con ansia no lo que sirve para crear o para aliviar las necesidades del hombre, sino lo que ayuda a destruirlo más eficaz y rápidamente. El Estado, como máquina, sólo se preocupa por nivelar por lo bajo, los ciudadanos por sobrevivir, los gobiernos por mantenerse gobernando, y nada más. El europeo ya no quiere hacer nada distinto a seguir viviendo, y a los Estados más poderosos de la tierra no les interesa otra cosa que sobreaguar en el gigantesco naufragio. Los conceptos de bosque, selva, llanura, montaña, campo, perdieron aquí hace siglos su significación primitiva, y para volver a encontrarla el europeo tiene que recurrir a la leyenda y al libro; es decir, a la cultura. La ciudad lo ha destripado, lo ha pervertido, lo ha desnaturalizado, lo ha sacado

de quicio, lo ha desarraigado del hogar nativo, y continúa al mismo tiempo succionando el campo y convirtiéndolo en esa masa sórdida y horrible que es el suburbio de una fábrica. La historia pesa demasiado sobre las espaldas del europeo. Lo lanza al mundo encasillado, inscrito en un diagrama de celos sociales y de odios internacionales, con el arma al brazo; o es un señor desposeído que se queja o un siervo que quiere dar el salto; pero en ningún caso es un hombre tranquilo.

El americano es, en cambio, un *hombre espacial*, para quien la tercera dimensión del espíritu no es la Historia, sino la Geografía. Las conquistas del europeo, en el orden intelectual, son buceos en el mar sin fondo de su tradición histórica, meros descubrimientos de nuevas relaciones entre viejas ideas. Detrás del europeo se encuentran, como en sucesivas capas geológicas, la catedral gótica, el Foro Romano, el Trirreme fenicio, y en el fondo, Grecia. Detrás del español están los godos, los romanos, los árabes, los fenicios; tiene un pie hundido en las cuevas de Altamira y otro en las selvas de Alemania, y es el puente entre Europa y Africa. Destacándose sobre el tosco escenario paleolítico de los Toros de Guisando, se yerguen las columnas del Foro de Mérida, al través de las cuales, en un horizonte de siglos, se entrevé la imagen del Partenón.

Detrás de los americanos, o mejor dicho en torno de ellos, se encuentra siempre el paisaje. Sus conquistas no son regresiones, sino avances, pues para descubrir, entre nosotros, es necesario caminar hacia adelante sin volver la cabeza. No puede perderse de vista el hecho de que América es la tierra de los hombres que quisieron olvidar o que se vieron obligados a hacerlo. Los conquistadores españoles de cuyo muslo descendemos, y los inmigrantes europeos de los últimos tiempos que se aposentaron en el sur del Brasil o en las Pampas argentinas, se fueron de Europa para olvidar, y los que no renegaron de ella, no tardaron en comprender (como la madre que viajó conmigo de Nueva York a Madrid) que América mata en los hijos, no el deseo de volver, pero sí el de quedarse.

El sentido histórico del europeo se seca y enjuta en las Américas, de donde viene esa impresión de improvisación y de superficialidad que nosotros solemos producir en ustedes.

Todo esto acarrea, como es obvio, una diferencia fundamental entre europeos y americanos. El hombre, entre nosotros, tiene motivos para alimentar su esperanza. Nuestra economía atraviesa una etapa incipiente, que permite un desarrollo indefinido. En materia de agricultura, por ejemplo, conviene considerar que si en Europa ya no existe prácticamente una pulgada de tierra que no esté dando el máximo rendimiento, en cambio, en Hispanoamérica, sólo una décima parte de la tierra laborable está cubierta por el arado y la semilla; sólo una tercera parte de la Cordillera de los Andes, que es la columna vertebral de Suramérica, está roturada por los cultivadores, y el resto no pertenece a nadie. El potencial eléctrico de nuestras lagunas y nuestros ríos: del lago Titicaca, entre Bolivia y el Perú, o de la laguna de Tota, en Colombia; del río de la Plata, del Paraná, del Orinoco, del Amazonas, del Guayas, del Magdalena, permitiría la electrificación del mundo entero, cuando aquí, en Europa, estos ríos que Pascal llamaba «caminos que andan», llegan exhaustos y fatigados al mar. A Hispanoamérica no le falta ninguno de los elementos que el hombre busca afanosamente para mantener su vida o para desarrollar su cultura. Tiene el mármol para hacer las estatuas y levantar las catedrales, y el oro para engastar los diamantes y las esmeraldas de nuestras minas; el petróleo y el carbón para mover nuestras máquinas; el ombú y la ceiba que cobijan bajo su ingente follaje una aldea entera en las vertientes de los Andes o en la inmensidad de la Pampa, y la orquídea que languidece en la penumbra de nuestros bosques. Si yo no fuera un enemigo personal de las estadísticas y los números, cedería a la tentación de mostrar a ustedes, en un impresionante panorama de cifras, cuáles son las posibilidades industriales de América y cuánto es lo que un hombre, dueño de un cerebro alerta y de dos manos activas, está en capacidad de conseguir. Basta decir que allí, entre nosotros, todos los

cálculos y las previsiones consagrados por la economía clásica, fallan ante la realidad. Hasta el crédito, que en Europa suele medirse con una escala milimétrica, porque se conoce el límite extremo de la potencialidad de la tierra, entre nosotros sufre curiosas e imprevisibles deformaciones. Nadie puede saber en Hispanoamérica lo que a la vuelta de cinco o diez años valdrá el solar de un pueblo al parecer sin porvenir, o un pedazo de selva al margen de las comunicaciones oficiales, que de pronto, al recibir la visita de los ingenieros, se convierte en una ciudad fabril o en un emporio de petróleo.

Pero volvamos a lo que representan la fuerza del pasado y la sugestión del porvenir como índice diferencial de americanos y europeos. El europeo es un hombre culto, en tanto que el americano apenas comienza a ser civilizado. Aprovecha el último las aplicaciones prácticas de los descubrimientos científicos hechos por el primero, y de ellas se beneficia. Sería incapaz todavía (me refiero a los hispanoamericanos y no a los americanos del Norte) de concebir o planear una nueva filosofía; pero, en cambio, está íntimamente familiarizado con las consecuencias científicas que de ella se derivan. Su aptitud para las formas civilizadas de la vida contemporánea (para la higiene, el confort, la eficacia, la rapidez de las comunicaciones), es más grande que la del europeo, cuya cultura es tan profunda. A los extranjeros que nos visitan no deja de sorprenderlos el encontrar que en América la mecanización de la vida ordinaria, en el sentido de facilitarla y hacer amable su transcurso mediante el aprovechamiento de la máquina, es más rápido que en las naciones de Europa. Vivimos superficialmente, con menores preocupaciones intelectuales, pero vivimos mejor. Los hombres cultos tienen allá menos halagos para la creación artística o literaria. Yo, que soy un simple escritor, suspiraba en mi tierra por las catedrales góticas, los acueductos romanos y las ciudades medievales de las cuales hoy estoy gozando en España; y sé que el recuerdo de Toledo, desmaterializado y transfigurado en su colina por el genio del Greco, o la imagen de la mística morada de Avila de la Santa, o el

melancólico encanto de Santillana del Mar, donde nacieron mis abuelos, todo eso endulzará mis ocios de suramericano y me impulsará a recordar y a escribir cuando allá vuelva. Pero nuestro campesino, en cambio, es menos desgraciado que el campesino europeo. En América es más fácil vivir para quien todavía está en ese período incipiente en que la vida se reduce a comer; mas es lo triste que en Europa el hombre está regresando a esa etapa primaria, sin que tenga la posibilidad de eludirla, pues ha llegado el momento en que la tierra ya no le puede dar más. Y la cultura es un lujo que sólo se pueden dar los pueblos bien comidos.

Un campesino de los páramos de Colombia, de las playas del Caribe o de las Punas del Perú desconoce multitud de cosas que por intuición o por visión directa son familiares a un paleto de Castilla. Cuando éste baja de Navacerrada al despuntar el día con su tartana cargada de leña, y llega al atardecer a Segovia, ante sus ojos arde clara, inconfundible, evidente, la imagen de su patria y la historia del mundo. Los arcos del Acueducto son el recuerdo inconmovible de Roma, y en el Alcázar almenado ve flotar la imagen de la gran Reina de España que echó a Colón a navegar en persecución de las Indias. Cerca al río Eresma, entre el oscuro follaje, columbra el torreón románico de una iglesia donde se armaban para la guerra los caballeros templarios, los nombres y las leyendas de las calles empinadas y retorcidas, la imponente fábrica de la catedral que dispara al cielo plomizo su torre en un alarde de arquitectura y de fervor, las fondas y los mesones que conservan el recuerdo de los estudiantes que vienen de la picaresca camino de Madrid o de Salamanca : todo eso es historia congelada, visión petrificada y directa de la cultura europea.

Nuestros campesinos jamás han visto nada semejante, pero saben que nuestra tierra, inexhausta, no los dejará, en cambio, morir. Sobre las pobres casas del pueblo no salta eternamente el acueducto romano, ni se desmorona sobre la colina el convento donde cantó San Juan de la Cruz presa del amor divino; ni sus calles, pobres calles aldeanas sin tradición y sin

belleza, recuerdan el paso de los pícaros, la gesta de los reyes, el desfile de las legiones, el sacrificio de los mártires, o la transfiguración de los santos que llenan a Europa con su nombre. Para nosotros sólo hay una realidad, que es el paisaje, y sólo un tiempo de verbo, que es el futuro, que ustedes ya no pueden conjugar. El paisaje en América es una perspectiva : una invitación a la lucha, a la conquista, a la vida, a la superación de sí mismo. Si aquí ya todo está hecho y dicho para quien viene de allá lejos, en cambio, para quien va de aquí, todo está allá por decir y por hacer. En nuestros pueblos no se ven tantas cosas como en Segovia, pero se pueden convertir en ciudades porque en torno de ellos aguardan pacientemente la selva, el río, la mina oculta, la riqueza subterránea. Nuestra literatura es apenas un balbuceo lírico, un clamor modulado, la expresión discordante de un niño que, en su entusiasmo, al descubrir la belleza del mundo, de su mundo, se ha puesto a cantar. Naufragamos todavía en las palabras, y no ha llegado el momento en que, como el hombre histórico que nació en Segovia, el hombre espacial de América reflexione sobre sí mismo y se siente a meditar.

Como Hispanoamérica es una tierra de contrastes violentos, y el fruto de aportes culturales sucesivos, y la mezcla de elementos raciales que todavía no se han fraguado ni confundido, y de componentes espirituales que todavía se repelen y se agitan, ocurre que sólo los comunes denominadores del paisaje, la lengua y la religión operan como cementos o como aglutinantes. La civilización, que a todos tiende a nivelarnos, y que nos hizo quemar etapas y saltar de la mula al avión en años de progreso vertiginoso, será para nosotros el substrato sobre el cual edificaremos algún día nuestra propia cultura. En Europa lo primero fué la cultura y después, como aplicación de su contenido ideológico, vinieron las formas civilizadas; cuando entre nosotros ha sucedido lo contrario. La civilización fué lo primero, y de ésta resultará la cultura. Somos todavía estériles, pero entre nosotros ya los observadores sagaces encuentran esa tensión espiritual de los contrastes, ese dinamismo de las fuer-

zas disparejas, ese entrechoque de las ideas embrionarias, que, en todas las épocas definitivas, son el preludio de las culturas que nacen.

El Estado en Europa y en América

Profundicemos un poco estos conceptos. Hispanoamérica es en la actualidad un vasto conjunto de pueblos que comienzan a caminar por su cuenta, cuando los grandes imperios del mundo caen desfallecidos en las cunetas del camino. Para crear una nueva cultura humana, se apoyan en un cimiento material que no conocieron los más ilustres pueblos antiguos. Aquéllos partieron de la tierra amasada con las manos, cuando nosotros nos apoyamos en cemento armado. No nos lanzamos a navegar en trirremes o en galeones para conquistar los mares, como lo hicieron Grecia o España; ni tenemos que consultar el oráculo de Delfos para sustentar una moral, ni echamos menos el pensamiento laborioso de Euclides para cimentar nuestra ciencia. Lo que en ustedes fué el trabajoso desarrollo de una hipótesis, en nosotros ya es un postulado concreto. América se apoya, para dar el salto hacia el pensamiento creador y coordinador que es la columna vertebral de una cultura, en la experiencia milenaria de Europa, que culmina en el avión de pasajeros en que nosotros volamos, en la moral cristiana que nosotros defendemos y en la desintegración del átomo que aprovecharemos nosotros. Zarpamos a la conquista del destino, pues, del puerto adonde ustedes anclaron. Europa arrancó de la diversidad caótica, de la confusión de los dialectos medievales en que se descompuso el latín, hacia la conquista ideal de una lengua francesa que todavía no se habla uniformemente en Francia, o de una lengua castellana que en España no ha logrado absorber por completo al vascuence, al catalán o al gallego. En Hispanoamérica, en cambio, somos veinte naciones que hablan la lengua de Cervantes. El castellano ha ido absorbiendo rápidamente las lenguas aborígenes, de las cuales todavía quedan vastos

sectores en el Ecuador, Perú y Bolivia sin asimilar; pero día por día, la mezcla de las sangres y el progreso de las comunicaciones materiales, van afirmando el imperio de la lengua común, que se generaliza y al mismo tiempo se enriquece. Desde el Ríogrande hasta el Estrecho de Magallanes, a lo largo de miles de kilómetros, se habla el español.

Europa ha venido luchando dos mil años por mantener la integridad del mensaje cristiano, amenazado y deformado cien veces, combatido en todas las naciones, asaeteado por todas las doctrinas, sin lograr su intento; cuando en América el cristianismo, más humanizado y más terrestre, está libre de cismas. La piel de Europa está arrugada por dos mil años de sufrimientos, sin que se haya logrado, al cabo de ellos, cicatrizar heridas que se remontan al Imperio Romano. Las naciones europeas son el resultado de un proceso analítico que culmina en las guerras nacionalistas del presente siglo. Europa emprende, cuando cae destrozado el Imperio Romano, una carrera hacia la desintegración de sus elementos componentes, hacia la diferenciación esencial de los pueblos que una vez hicieron parte de una gigantesca arquitectura jurídica. La cultura europea ha tendido, por una parte, hacia la integración, pero por otra, con fuerza todavía más poderosa, hacia la especialización nacional, que es la que hasta hace unos años prevaleció, produciendo las guerras que todos lamentamos. Entre tanto, Hispanoamérica persigue desde la época de su descubrimiento, muchas veces con una absoluta inconsciencia de su destino, la integración de sus elementos en un todo homogéneo: la universalidad, hacia la cual tendieron inútilmente, desde hace dos mil años, el cristianismo, el humanismo renacentista y la filosofía cartesiana. Tenemos una lengua común, una legislación que tiende a unificarse y que en todo caso se apoya en postulados idénticos, una religión universal, una identidad de los intereses particulares a veinte naciones que comienzan a comprender que unidas pueden valer mucho, y aisladas, cada una en sí misma, no tendrán nunca valor. Todavía, es claro, conspiran contra este intento de generalización los malos gobernantes, los dirigentes ciegos,

los comerciantes que sólo atienden a su conveniencia privada; pero jamás se ha conocido en el mundo el triunfo inmediato de una idea, de manera que ésta de la unificación de Hispanoamérica no es como para lograrse en pocos años.

Persigue Hispanoamérica esa unidad cuando, al arribo de los conquistadores a las desiertas playas del Caribe, los Emperadores incas en el Perú, descendientes de Manco Capac y de Macma Ocllo, estaban a punto de señorear a Suramérica, desde la Patagonia hasta la región de los Pastos en lo que hoy es Colombia. Por su parte, los aztecas, en Centroamérica, estaban logrando la unificación del otro medio continente. Y los conquistadores que avasallaron o destruyeron al indígena a sangre y fuego, soñaron también con los Pizarros en el Cuzco, con Hernán Cortés en las terrazas del Teocali de Méjico, con Jiménez de Quesada en la meseta de Bogotá, la formación de un vasto imperio hispanoamericano, desvinculado administrativamente de la corona peninsular y de la coyunda europea, proyectado hacia el porvenir con el viril empuje con que el Amazonas hiende y traspasa por centenares de leguas la movediza valla del Atlántico.

Trescientos años más tarde, en el Congreso Anfictiónico de Panamá, al cual concurrieron delegados de las naciones recién libertadas, Bolívar (hombre ecuménico y el primer americano del mundo) sentó las bases de la unidad esencial de Hispanoamérica. Su pensamiento viene plasmándose en la legislación internacional de nuestros países y en organismos que aspiran a coordinar nuestra economía o a unificar nuestra política exterior, encauzándola por un derrotero común. El progreso del derecho de gentes en la América hispana se debe a que cada uno de los países que la componen, pese a las diferencias transitorias, percibe claramente que, antes que la realidad nacional, existe, como un imperativo de la Historia y de la Geografía, la aspiración a la unidad continental.

No crean ustedes que por venir yo de tales lejanías me deje arrebatar de las imágenes cuando solamente quisiera presentarles con crudeza una serie de ideas que se han ido convirtiendo

en hechos o de hechos que han ido dando origen en América a multitud de ideas. Llamaba la atención de ustedes hacia el porvenir de un continente que puede desarrollarse hasta límites inconcebibles hoy, ya que de nada carece; que habla una misma lengua y pugna por formarse una raza y construirse una estructura jurídica. Estos puntos son de la mayor importancia. Hoy Hispanoamérica es un mosaico de grupos diferentes, un hervidero racial, un caldero biológico en el que se cuecen todas las sangres. No somos totalmente blancos, ni indios, ni cobrizos, ni negros. Tenemos un poco de todo eso, cuando no en la piel por lo menos en el espíritu, que es, en todos nosotros, el de mestizos de distintas culturas. El Continente es una mezcla sin fraguar, que todavía bulle, crepita y se esponja. Pero si no hemos alcanzado todavía una homogeneidad que tardará siglos en producirse (y que en Europa no existe), en cambio ya tenemos conquistada la igualdad legal y espiritual de las sangres por la completa anulación de los prejuicios raciales; y el mestizaje hará lo demás.

Para entender este fenómeno me permito llamar la atención de ustedes hacia la influencia que en el mundo hispanoamericano ha tenido Francia desde la época de la emancipación hasta los tiempos que corren. No fueron sus bucaneros ni sus piratas los que ayudaron a nuestro desarrollo, sino sus libros y sus poetas. El espíritu francés ha operado, en Hispanoamérica, de igual manera que la sangre española fecundó el vientre aborigen de nuestros pueblos. Surgimos a la vida internacional como entidades libres e independientes, entre otras razones porque recibimos el contragolpe de la revolución francesa, que presionaba entonces, sin éxito, las cordilleras de España. Los derechos del hombre y del ciudadano, que tradujo y divulgó en América mi compatriota don Antonio Nariño, huésped que fué de la cárcel de Cádiz, se dispersaron a lo largo de los Andes como un reguero de pólvora que hizo estallar los polvorines de Cartagena de Indias, la Guaira, Caracas, Bogotá, Quito, Potosí y Buenos Aires. En Hispanoamérica, la semilla francesa de los enciclopedistas y el sueño utópico de Rousseau

y el ímpetu descabellado de los románticos, cayeron en buen surco y fructificaron a tiempo que se secaban en Europa. Francia nos dió el sentido de la dignidad humana, que se consagra en nuestras leyes; de la permeabilidad social, que se hace palpable en nuestras costumbres políticas; de la vanidad de los prejuicios raciales, que preside la formación de nuestras familias, merced a todo lo cual, nosotros, en Cristo y en la ley, seamos negros o blancos, indios o mestizos, ricos o pobres, nos sentimos sinceramente compatriotas y hermanos.

Pero no quedaría completo este rápido esquema de nuestra realidad y esta ojeada a nuestro porvenir si no considerásemos el problema del Estado, cuya crisis es una de las causas que están produciendo el derrumbamiento europeo. El Estado, como forma constitucional de la nación, como concepto jurídico y político, como molde del desarrollo social, se está derrumbando. Hoy fallan las concepciones clásicas de la soberanía, la independencia nacional, la autodeterminación de los pueblos y la libertad económica. Las fronteras materiales, en el hecho y ante el derecho, en la práctica y en la teoría, en la paz y en la guerra, pese a quien le pesare, se permeabilizan, se agrietan, se relajan y se desmenuzan. Si en la época del Renacimiento asistió el mundo a la quiebra del universalismo político y al nacimiento de los Estados modernos, que flotaron como islotes desprendidos de un continente naufragado, o como estrellas desgajadas de una nebulosa imperial, hoy, en cambio, estamos asistiendo a la reabsorción de las fronteras nacionales en gigantescas federaciones de intereses comunes: el mundo paneslavo, el mundo anglosajón, el mundo latino, el mundo hispanoamericano. La rapidez de las comunicaciones aéreas, la interdependencia económica, las modificaciones que la ciencia impone en la concepción militar de la estrategia clásica: todo tiende a destruir el Estado tal como lo concebían los teóricos del pasado siglo. Ya no hay Estados que se satisfagan a sí mismos ni fronteras impermeables, ni vida internacional independiente. Un pánico en la Bolsa de Nueva York puede determinar el desbarajuste financiero de Francia; una fricción política

en el Extremo Oriente amaga la estabilidad de Inglaterra; una disposición del Kominform de Praga es capaz de determinar una catástrofe política en Suramérica. Ciertas clases sociales se dan la mano al través de los mares y de los continentes, destruyendo sentimientos que parecían tan arraigados como el del amor a la patria o el respeto a las costumbres establecidas. Los intereses materiales se trenzan lo mismo que las líneas aéreas, por encima de las divisiones geográficas. Y ocurre que Europa no estaba preparada para este nuevo hecho en la historia mundial. No estaba preparada, aunque los historiadores traten de recordarnos el caso de los grandes imperios que, en otras épocas, metieron en su cintura de hierro a todo un enjambre de naciones: quiero decir Inglaterra, España, Portugal o Roma. Pero entonces ocurría algo enteramente distinto. Excepción hecha de España y de Portugal, los Estados crecían en los casos de que hablamos, pero no las naciones. El mecanismo estatal se hipertrofiaba y lanzaba sus tentáculos burocráticos y administrativos a los países más distantes, pero el hierro jurídico no deformaba el sentimiento nacional de las colonias, y a veces se agudizaba hasta el extremo de producir la catarsis y la autodestrucción, como en el pueblo judío. Hoy la nación tiende a diluirse, pues se considera que antes que la realidad jurídica o administrativa existe el hecho fundamental de la interdependencia política y económica. La vida se complica dolorosamente y el medio internacional se torna tan sensible que se irrita y se altera a la presión más débil.

Y sucede que la incompatibilidad entre las antiguas formas constitucionales y las nuevas realidades supernacionales, apareja el desquiciamiento de Europa, cuando en Hispanoamérica reafirma, al mismo tiempo, la esperanza en un mundo mejor.

La nación es, en Europa, una realidad operante y reconocible, independientemente del territorio que ocupe. Francia existe y perdura, reconociéndose a sí misma en cada uno de sus ciudadanos, sea cual fuere la forma transitoria que tenga el Estado y sean cuales fueren transitoriamente sus fronteras. Todos los esfuerzos que hizo Alemania durante cuarenta y

cinco años para germanizar o incorporar a su nación las provincias francesas de Alsacia y Lorena, fueron vanos, porque en Europa la nación no es un mero concepto jurídico, sino un hecho de contenido histórico, un sentimiento milenario que se ha cuajado en realidades evidentes y no puede ser destruído por leyes o con tratados arbitrariamente concebidos. Bien puede, durante años, levantarse un armatoste jurídico como el Imperio Austrohúngaro sobre un conjunto de naciones distintas, que en el momento en que la estructura se rompe y se debilita, los componentes se disgregan otra vez y adquieren, uno por uno, su conciencia indestructible. Muchas veces ni siquiera la nación presupone la posesión de una tierra determinada, sino que persiste aunque de ella se la despoje, como sucede con el pueblo judío, que anda disperso y errante por la tierra y, sin embargo, reconoce en cada uno de sus individuos un carácter nacional que se sobrepone a todas las adversidades y a todos los despojos. En cambio, en Hispanoamérica el sentimiento nacional no ha acabado de formarse, y el concepto oficial de la nación se confunde con el Estado, y éste puede rectificarse impunemente en los mapas y en las cancillerías. Llamo especialmente la atención hacia estos hechos para demostrar la importancia decisiva que puede tener el Estado entre nosotros como fautor o creador de una conciencia hispanoamericana.

Mal pudiera existir entre nosotros el sentimiento nacional, tan completo y redondo como en Europa, tan coincidente algunas veces con los límites geográficos del Estado, cuando los nuestros fueron creados por actos espontáneos de la voluntad de un gobernante, por ideas que hicieron el camino de arriba hacia abajo, contrariamente a lo que sucede en el Viejo Mundo. En éste, el sentimiento nacional crece lenta y trabajosamente, al calor de muchas circunstancias que concurren a madurarlo. Es una obra difícil, porque no sólo se debe a circunstancias exteriores, sino a fuerzas internas que tienden a exteriorizarse y a constituir, andando el tiempo, el cuerpo de una patria. Esta es la intuición que tienen un conjunto de hombres de su parentesco espiritual en el espacio, que es la tierra, y en el

tiempo, que es la Historia. Esa conciencia de un pueblo determinado que se reconoce idéntico a sí mismo al través de los tiempos y sean cuales fueren las modificaciones geográficas o jurídicas impuestas por la diplomacia o por la guerra, se forma en vista de algo y al mismo tiempo contra algo. Se forma por una tendencia oscura de los hombres a confirmarla diariamente en la lengua, en la raza, en la religión y también como reacción contra lo que se opone a que esa conciencia prevalezca. Mucho antes de que aparezcan en el individuo claramente las características nacionales, ve como evidente lo que no es igual a su nación y lo que a ella se opone: lo que lucha por exterminarla, lo que conspira contra su íntima expresión, y entonces reacciona por medio de la guerra o de la inquietud revolucionaria.

La historia de las naciones europeas fué primero una lucha inconsciente contra lo que no era semejante a cada una de ellas, y después la lucha decidida por conservar lo que ya se veía como una realidad incuestionable. Lo primero aconteció en la Edad Media, cuando el feudalismo se fué congelando en el Estado moderno; y lo segundo pertenece a la historia contemporánea. Francia, antes de conocerse y amarse a sí misma como hoy se ama, había luchado durante siglos contra lo que no era francés.

Estos hechos no se han cumplido en la historia de Hispanoamérica o apenas comienzan a realizarse. Nuestros países empiezan a tener una conciencia propia, pero todavía es difícil, y en algunos casos casi imposible, apreciar lo que es característico a cada uno de ellos. Algunos han avanzado más que los otros en este camino de la diferenciación, porque han tenido que luchar más árduamente contra lo que se oponía a su existencia; pero la inmensa mayoría de los otros continúan siendo meros Estados, concepciones jurídicas más o menos elásticas, convenciones internacionales reconocidas, que no tienen un soporte verdaderamente nacional. Desde el punto de vista de la creación de un mundo hispanoamericano, estos hechos pueden considerarse una fortuna; quiero decir que al aplicar los

Estados regionales todo su esfuerzo a constituir un gran conjunto continental, podrían hacerlo sin forzar la génesis de nuestras propias naciones. El Continente Hispanoamericano constituye un hecho geográfico de proyecciones económicas, que comienza a reconocerse como una necesidad internacional y como el imperativo de una cultura que está pugnando por nacer.

Pasaría por ingenuo ante ustedes si antes de terminar esta charla no les dijera que el cuadro de Hispanoamérica que he dibujado a grandes rasgos, no está libre y exento de defectos. Claro está que los tenemos, y en grande escala. Entre nosotros se registran continuos estremecimientos políticos. Hay Gobiernos que se derrumban sin haber tenido tiempo de afirmarse, y otros que mueren en la cuna. Hay escándalos financieros como en cualquiera otra parte del mundo; bandidos que asaltan en la soledad de las montañas o burlan la buena fe de las gentes en las calles de las ciudades; senadores que se compran y se venden; motines callejeros que culminan en sangre; escándalos económicos que se liquidan en la cárcel. Distamos mucho de ser perfectos. Equivocamos cien veces el camino trazado por los Libertadores, estamos jugando con fuego y carecemos de sentido crítico y de genio creador. Somos superficiales y estamos expuestos a todos los peligros de la imitación europea. Atravesamos un período de formación en el cual las malas influencias, que en la vida suelen ser las más operantes, amenazan perdernos. Sobre todo me atormenta la idea de que, por obra de la facilidad y la velocidad de las comunicaciones intercontinentales, Europa nos inocule el virus de su angustia, su desaliento y sus enfermedades incurables. Somos criaturas a quienes se les está transfundiendo la sangre agotada de viejos arterioescleróticos por medio de la radio, de la noticia, de la prensa, del libro. El experimento puede matarnos, pero si salimos con vida de esta prueba y si la fuerza latente en nosotros nos salva del naufragio, el mundo puede tener confianza; no el mundo en general, sino en particular el hombre. Nosotros no somos el porvenir de Europa, sino el del europeo. España, Francia, Italia, Portugal no pueden aspirar a renacer en nos-

otros en la integridad de sus defectos y de sus virtudes; pero el italiano, el francés, el portugués y el español que vayan a Hispanoamérica, se fundirán con nosotros, y con nosotros y en nuestros hijos harán una patria mejor que la que en Europa dejaron. Sobre todo, quisiéramos salvar el genio de una España que hemos adorado siempre, con absoluta prescindencia de sus circunstancias políticas. Adoramos la generosidad y la alegría del andaluz, el tesón del catalán, la dulzura y la laboriosidad del gallego, la austeridad del vasco, el orgullo y la sobriedad del castellano. Esas virtudes no se han perdido en el naufragio europeo, porque, en realidad, están refloreciendo en nosotros como retoños fuertes y lozanos que fueron trasplantados del viejo invernadero para ser injertados en la rústica cepa americana. No somos la esperanza de los Estados europeos, vuelvo a decirlo, pero sí la de los hombres de Europa; ni somos el porvenir de España, pero sí el del hombre español.

Hispanoamérica y España

Al pasar a España por la raya de Portugal tuve una emoción tan honda y perdurable, que no pude menos de concretarla en palabras que, sin discriminación, iba soltando al viento. Al pisar tierra española por la primera vez, tuve la impresión no de llegar, sino de volver. Alboreaba cuando se ofreció a mis ojos la primera visión descarnada del yermo de Castilla. Tierras mustias por el invierno, barridas por el viento de la meseta, onduladas, tristes, que de cuando en cuando mostraban a lo lejos una erupción o una cicatriz del terreno, una herida apenas cauterizada que era el contorno de un pueblo. Yo conocía los nombres y la historia de esas torres mutiladas que se erguían en el cielo gris de la madrugada, ateridas de frío, para desaparecer luego tragadas por la marea ocre de las colinas. En mi corazón cantaban los nombres sonoros de los pueblos de España: Talavera de la Reina, Alcolea del Pinar, Aranda del Duero, Miranda del Ebro, Madrigal de las Altas Torres. ¡Qué nombres

aquellos, capaces de embozar en la capa de su poesía la mugrienta realidad de sus casonas en ruinas, sus calles tristes y sus plazas desiertas! De pronto, coronando una loma, columbraba los murallones del castillo de Maqueda, o la torre del de Oropesa, solos, tétricos, impregnados de esa melancolía castellana que se funde y se pulveriza en el paisaje. Y entonces, al ver todo aquello por la primera vez, como digo, sentí que regresaba a España y tuve ganas de llorar.

Era aquélla la tierra de los molinos de viento, que yo conocía íntimamente, paso a paso, al través de los caminos de los libros que me enseñaron a amarla. Una polvareda de imágenes y de recuerdos se superponía al esquema frío y geométrico del paisaje. Yo iba poblando la soledad de personajes literarios. Ellos andaban mano a mano con los personajes históricos, porque España siempre ha tenido la virtud de fundir misteriosamente, verificando una especie de transubstanciación, lo real y lo fingido, lo verdadero y lo falso, lo vivido y lo soñado: el Cid Campeador y don Quijote de la Mancha; Segismundo en su torre y el rey Felipe en su Escorial; don Juan Tenorio y el bastardo de Austria. España se presentaba ante mis ojos tal como la había imaginado. Si hubiera entrado por Barcelona, o por Hendaya, o por Perpiñán, tal vez habría quedado insatisfecho. Yo sé que hay muchas imágenes de España, y que la más universal de todas es la de la pandereta, el chispero y la manola, que inmortalizó Goya en sus cartones, y que los toreros y las tonadilleras llevan en triunfo por toda América. Y hay la España de los personajes secos y adustos de Baroja, un poco fríos y repelentes a primera vista, que se le van adentrando a uno en el alma poco a poco, con la pertinacia de las lentas rías que desembocan en la costa Cantábrica. Y hay la España antipática de los comerciantes catalanes que venden géneros al por mayor y aspiran a conquistar, con su difícil sintaxis de vendedores, la gracia ligera de las muchachas madrileñas. Y la España ingenua de los emigrantes gallegos, que llegan a América con la simplicidad de su pueblo a las espaldas. Y la España bronca de los curas jesuítas, que se lanzan al Nuevo Mundo co-

mo una infantería de colosos que quisieran conquistar el cielo con espingardas. Y, finalmente, la España sangrienta y caótica de la revolución. Mi España era y seguirá siendo eternamente la de Castilla. La que aparece maravillosamente burilada en las páginas de Valle Inclán y de «Azorín»; la que se esponja en las sonoras frases del «Quijote», se profundiza en la áspera prosa de Santa Teresa y es, con los conquistadores y los encomenderos, una tierra triunfante y con el pecho en alto. Mi España era y sigue siendo la del Tajo, que recrimina a doña Cava al pie de las murallas de Toledo; la de Avila, que es una piedra abrasada por el querubín que traspasó en Alba de Tormes el corazón de la Santa; la de Segovia, con su Acueducto romano y su torre de los Templarios; la de Trujillo, tan áspera y tan triste; la de Burgos, con el Cid, que humilla a la realeza en las juras de Santa Gadea; la de Salamanca, docta y teologal, que se quema en el fuego de su amor divino. Una España de hidalgos pobres que ocultan su miseria bajo el orgullo de la capa; de segundones que se lanzan al mar en busca de la gloria y de la fortuna, y de santas que, en los conventos de Alcalá de Henares, olvidadas del mundo, el demonio y la carne, se echan a volar al cielo.

¡Cómo adoro a Castilla!

Para otros, como digo, tal vez haya paisajes más sugestivos dentro de esta tierra de contrastes que es España. Hay quien prefiere las vegas del Guadalquivir, cerca a Córdoba o a Sevilla, plateadas de olivares; o los Cármenes del Genil y del Darro, en Granada, donde Boabdil el Chico, desfallecido de amor, se dejó derrotar por los feroces castellanos. Para otros no hay nada semejante a las rías gallegas, cuya belleza se esfuma entre la lluvia, como si se la mirara al través de un cristal empañado. Sobre Santiago de Compostela planea siempre la imagen del Apóstol, con la espada en alto, y todavía, en las noches de la España mística, cruza el cielo de Europa de norte a sur acaballado en la Vía Láctea. En las Provincias Vascongadas la tierra se rompe y se dulcifica al mismo tiempo, y los pintores, como Zuloaga, suelen enloquecer copiando la imagen de esos pueblos

que se tiran al mar o que acaban de salir de entre el agua, pues tienen, al parecer, una anfibia naturaleza. En Santander las montañas se coronan de pinares, que descienden sobre las rías y las caletas en un maravilloso despliegue de tonos verdes. La tierra huele a mar en toda aquella costa, y por las tardes, en Orio, en Guetaria, en Motrico, cuando vuelven los pescadores a los pueblos de la costa, se les oye cantar en los mesones y las sidrerías mientras sus barcas duermen tiradas en la calle, cansadas de tanto navegar.

Castilla es lo seco frente a lo húmedo que es el litoral del Cantábrico. Es lo duro frente a la blandura de Sevilla. Es lo áspero frente a la dulzura de Galicia. Sus ríos son cicatrices, tajos, mandobles de moros vengativos que entraron a saco en la tierra miserable. Sus hombres, como los algarrobos que decoran las parvas colinas extremeñas, se retuercen sobre sí mismos y llevan las manos embadurnadas de tierra. Nunca el hombre fué más terrestre y más pedestre que en Castilla, y, sin embargo, ¡qué música es Castilla! Está desarropada y no tiene casi árboles que hagan cantar el viento como los chopos y los álamos plateados de Andalucía, pero Castilla canta. No sólo como un tambor guerrero cuando cruzan a galope tendido las huestes de Mío Cid camino de Valencia, o las tropas de doña Isabel, que va a coronarse en Segovia, o el séquito del duque de Alba que viene de Italia, sino como un arpa cuando San Juan de la Cruz trasplanta los jardines de Salomón a los barrancos amarillos del Eresma y su voz es una cuerda que comienza a vibrar. Canta Castilla en el discurso de las armas y las letras, que Don Quijote endilgó a los palurdos cabreros en pleno campo; y en la piedra solemne de El Escorial también encanta; y en la prosa de «Azorín», cuando el maestro, viejo y asmático, en las tardes de invierno se sentaba en las posadas de las aldeas castellanas a ver pasar la sombra del inmortal caballero. Y Castilla no es lo que es, sino lo que sugiere. Castilla en sí no es nada : apenas un erial que a medias puede alimentar al hombre; pero está impregnada de historia y de literatura, empapada de sangre, ella, que no tiene un hilo de

agua para calmar la sed de sus veranos, ni un leño para quemar en sus inviernos interminables.

Digo que volví a España, porque, aunque no había venido antes, encontraba en Castilla las raíces espirituales de mi patria. Al volver reanudé mi contacto físico con la tierra. Y yo quisiera llevarme a América, con quienes de aquí se fueran, ese sentido de la continuidad de la historia que encontré en Castilla. Esa impresión oscura, confusa, visceral, que tuve en el antiguo reino que se asomaba al mar por las montañas de Santander y embestía a Portugal en la seca llanura extremeña, cuando en Santillana del Mar y en Trujillo, ciudades muertas ya, en un torreón desmantelado me encontré con mi sangre. Nosotros salvaremos en Hispanoamérica esta levadura de España. Porque España es una levadura sin la cual puede hacerse el pan, pero cuando hace falta, ni la masa crece ni el paladar se regusta. Y si alguna promesa representamos nosotros para el mundo, es la de que, algún día, entre nosotros se esponjará, purgada de la escoria de los siglos, esa levadura en que consiste la grandeza de España : la generosidad de Mío Cid, el honor caballeresco de Gonzalo de Córdoba, e ímpetu creador de los Reyes Católicos, la pasión ardiente de los místicos, la justicia igualitaria de los alcaldes y la fe quijotesca de los conquistadores que de aquí se fueron para fundar allá en nuestras montañas una patria mejor.

Y esto, señores, es lo que Hispanoamérica debe representar para quien la sepa ver, que no puede ser otro que quien, como cada uno de ustedes, la sabe amar.